

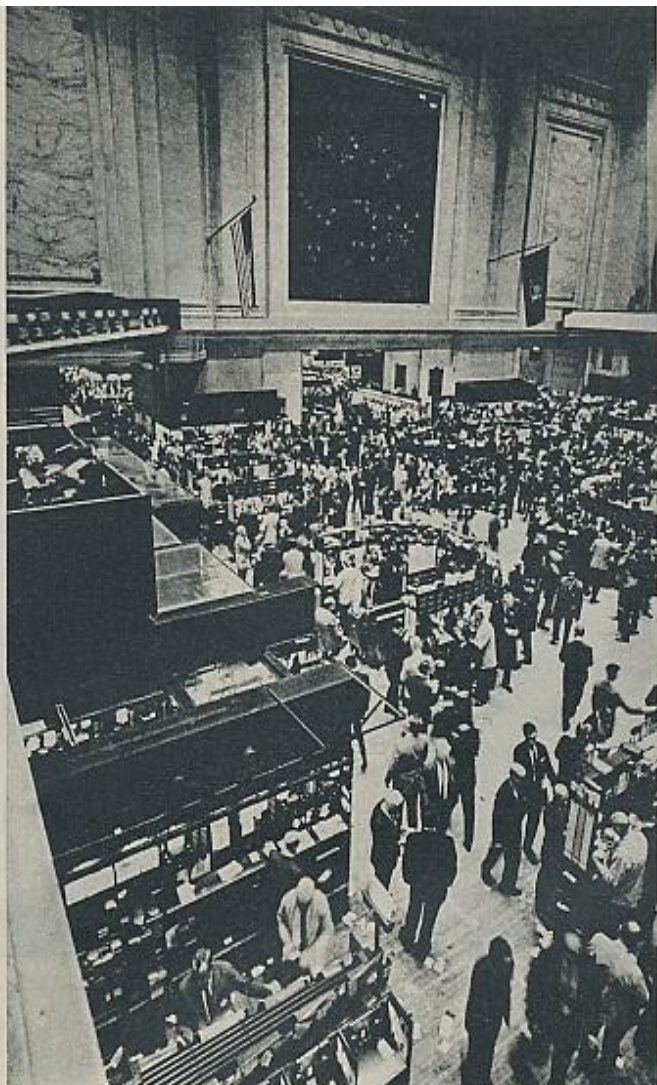
**E**N 1968, la cifra de negocio total de las 6.000 primeras sociedades del mundo desarrollado era de un billón de dólares. En 1984, ese billón será realizado por sesenta sociedades. Esos sesenta mastodontes emplearán a menos del 1 por 100 de la población mundial para producir la cuarta parte de las riquezas del mundo desarrollado; su cifra de negocio representará el 60 por 100 del producto nacional bruto de los Estados Unidos, contra el 30 por 100 en 1968 y anualmente aumentará en alrededor de cien mil millones de dólares, lo que equivale al producto nacional bruto de Francia en 1969.

¿Se trata de «economía-ficción»? «Un billón de dólares», el libro que Robert Lattès, director general adjunto de la SEMA, acaba de publicar, parte de la observación de un hecho: la concentración del poder económico en los Estados Unidos.

## Un ritmo desenfrenado

Al examinar la concentración que en la actualidad se produce en la industria americana, uno se siente presa del vértigo. Más allá del vértigo se descubre un mundo económico en ebullición. El crecimiento de los gigantes de la economía americana ha adquirido estos últimos años un ritmo desenfrenado. «De mil novecientos sesenta y uno a mil novecientos sesenta y ocho —señala Robert Lattès—, la cifra de negocio de las quinientas sociedades más importantes de América ha pasado de doscientos a cuatrocientos mil millones de dólares, es decir, que en ocho años se ha duplicado. Si se admite este ritmo de crecimiento, lo que equivale a cuadruplicar la cifra cada dieciséis años, el club mil novecientos ochenta y cuatro del billón de dólares hace, en la actualidad, doscientos cincuenta mil millones de dólares de cifra de negocio».

Este crecimiento de los gigantes tiene como corolario la concentración del poder económico. Sólo en 1968 el número de las fusiones o absorciones se ha elevado a 4.003. Para 1969 se prevén más de 5.700. De 1960 a 1968 los activos de las sociedades industriales y mineras que han sido objeto de absorción han pasado, por término medio, de los veintiseis millones y medio a los sesenta y



Unos industriales glotones,  
verdaderos magos de Wall Street,  
absorbieron  
en la década de los sesenta una serie de empresas  
subvaloradas en Bolsa  
pero que operaban en mercados de porvenir...

# EL REINO DE LOS SESENTA GIGANTES

Por CHRISTIAN JELEN

cinco millones y medio de dólares.

He aquí otras cifras características de esta concentración: ¡Las doscientas sociedades más importantes de América detentaban en 1968 cerca del 66 por ciento de los activos industriales del país frente a un 48 por ciento hace veinte años! ¡Las cuatro mayores sociedades americanas, General Motors, Standard Oil of New Jersey, Ford y General Electric, realizaban por sí solas cerca del 15 por 100 de la cifra de negocio de las quinientas más importantes sociedades americanas!

Naturalmente, la concentración del poder económico no es un fenómeno nuevo en Estados Unidos. Ni la ley Sherman, de 1890, ni la ley Clayton, de 1914, ni la enmienda Celler-Kefauver han logrado impedir las tres célebres olas de concentración que ha conocido América entre 1897 y 1902; 1924 y 1930, y 1945 y la actualidad... Esta ineficacia no está realmente en función de la insuficiencia de la legislación anti-trust, más bien adaptada a las formas de concentración horizontal o vertical, sino de la hostilidad del mundo de los negocios, hostilidad que se traduce en el Tribunal Supremo. En la actualidad puede hablarse, en contrapartida, de inadaptación de las leyes anti-trust. La concentración no se lleva a cabo ya fundamentalmente en forma horizontal o vertical, sino a través de la diversificación o la conglomeración, lo cual coge de sorpresa al legislador americano.

La ley, en efecto, no prevé nada para las absorciones operadas en mercados diversificados o sin relación entre sí. Ahora bien, el conglomerado es, para los principales hombres de negocios americanos, el colofón ineludible de la evolución tecnológica. Las sociedades, a la hora de reforzar sus capacidades estratégicas, de hacer frente a los crecientes riesgos y a las inversiones en aumento, no tienen otra solución que diversificar sus compromisos en diferentes mercados.

## Industriales glotones

Esto significa, prácticamente, que la General Electric que, originariamente, se ocupaba de energía eléctrica, fabrica reactores nucleares y calculadores electrónicos, con la consigna de «gestión eficaz de la tecnología». Esto significa, también,

## Para 1984 se prevé una asombrosa superpotencia de sesenta empresas: su cifra de negocios será de un billón de dólares.

que los industriales de la informática extienden la gama de sus productos y de sus actividades y que para financiar sus colosales inversiones de investigación y desarrollo van a buscar su dinero donde puedan encontrarlo. Absorben Bancos, sociedades de seguros o de tarjetas de crédito, sectores que luego serán a su vez modificados profundamente por la informática, lo mismo que la navegación aérea, el transporte por «containers», la edición, la enseñanza, el dominio médico, la arquitectura, la contratación...

La voluntad de diversificación indica también por qué en los años sesenta unos industriales glotones, verdaderos magos de Wall Street, se han puesto a absorber en serie empresas subvaloradas en Bolsa, pero que actuaban en mercados prometedores. El simple juego de las absorciones ha favorecido el crecimiento. Así es como después de haber absorbido unos cuarenta negocios entre 1957 y 1968, **Ling-Temco-Vought** se ha convertido en la decimocuarta sociedad de Estados Unidos, el fabricante de una increíble cantidad de productos, desde hamburguesas a misiles, desde raquetas de tenis de acero a antenas de radio, desde cables eléctricos a bombarderos a reacción. **Gulf and Western**, que hace que su nombre figure en todas las pantallas de la **Paramount**, se ha encontrado en 1968 en el puesto sesenta y nueve de la clasificación de «*Fortune*», después de haber absorbido más de cien sociedades. **Textron**, primitiva empresa textil que acaba de comprar la célebre **United Fruit**, aparece ahora en treinta y seis sectores industriales y ocupa el puesto cuarenta y siete entre las sociedades americanas.

Los ejemplos podrían multiplicarse. Los resultados son claros. Las empresas diversificadas o conglomeradas son los grandes responsables del movimiento de concentración de que son escenario en la actualidad los Estados Unidos. Incluso puede añadirse que bajo su amenaza los Bancos americanos, hasta ahora bastante dispersos, se reagrupan o diversifican sus actividades. De ahí la advertencia de Robert Lattès en el sentido de que la economía americana e incluso la economía mundial podrían, si nadie lo impide, caer en manos de cincuenta a sesenta y cinco potencias económicas y financieras, cada una de las cuales comprendería un conglomerado dominado por un Banco o viceversa. Y el autor se pregunta si «estas sociedades

superpoderosas, puestas de este modo en movimiento, no irán, al escapar en función de su poderío al control de su nación de origen, a escapar a todo control».

De hecho, quizá el problema no se plantee exactamente en estos términos; los gigantes americanos no van a escapar a la influencia de Washington, y si un día dominan al resto del mundo lo harán a través del Gobierno federal. Los intereses fundamentales de las sociedades americanas y del Gobierno federal se complementan. Bajo el signo de la concentración, los gigantes de la industria americana se han transformado en organizaciones multinacionales.

### La vía privilegiada

Ahora bien, la inversión internacional se ha convertido en la vía privilegiada de los Estados Unidos para extender su imperio al resto del mundo. En 1966 los intercambios entre las filiales americanas y sus sociedades-madre se han elevado a veintiséis mil millones de dólares, es decir, a la cuarta parte de las exportaciones de Estados Unidos. Estas filiales, a su vez, han desempeñado un papel de primer orden en el comercio exterior de los países en que se han implantado. Tanto a nivel político como al de los equilibrios económicos fundamentales, los Estados Unidos están interesados en que sus gigantes industriales extiendan su dominio interior al resto del mundo.

La diversificación, que despierta ciertos temores en Washington, resulta ser un arma de disuasión de primer orden cerca de los Gobiernos extranjeros. Cuando, por ejemplo, el Presidente de Chile, Eduardo Frei, trata con la célebre **Anaconda Company**, no negocia únicamente con un gigante del cobre, sino también con un gigante del aluminio, competidor directo del precioso metal rojo. Finalmente, los negocios americanos han alcanzado un punto a partir del que su tecnología y sus abundantes recursos en capitales engendran el gigantismo sin posibilidad de retroceso.

La lógica del sistema lleva, pues, a las sociedades multinacionales americanas a aumentar sus compromisos en el extranjero y al Gobierno federal y a los industriales a preferir esta invasión más sutil a cualquier

forma de intervención brutal para defender al «mundo libre». Así se explica, indudablemente, el famoso deseo de repliegue del Presidente Nixon. Así se explica que la plurinacionalidad de las grandes firmas americanas siga siendo formal, aunque sus acciones sean cotizadas en Bolsa en distintos países y que al frente de las diferentes filiales estén originarios de ellos. **IBM**, **Standard Oil of New Jersey**, **General Motors** y otras firmas están a su vez dominadas por grupos financieros americanos bien definidos, que siguen siendo americanos en lo que concierne a las decisiones importantes de estrategia económica.

¿Podrían, pues, los Estados Unidos aumentar su influencia sobre el resto del mundo a través de las sociedades multinacionales? ¿Qué hacer en este caso? En primer lugar, construir Europa, preconiza Robert Lattès. «Ya es hora de construir Europa, y de hacerlo de prisa, con auténticos grupos industriales europeos y no con bastillas nacionales que vuelvan la espalda a la evolución del mundo económico». Luego vendrá el crear sociedades multinacionales. «O bien nos internacionalizamos o bien seremos devorados en cinco o seis años... El triunfo internacional descansa, ante todo, en un equilibrio nacional de origen: el triunfo de las firmas internacionales es, en efecto y ante todo, el triunfo de firmas americanas cuyo dinamismo y prosperidad se basan en poderosas e indispensables bases en Estados Unidos. Debería ser una necesidad perentoria crear otros polos de prosperidad y triunfo, y Europa debería ser uno de ellos». Por último se suscitaba la creación de conglomerados. «Buscan el poder financiero, verdadera clave del triunfo y del dominio sobre el mercado... La diversificación evita que cada nueva operación constituya un peligroso doble o nada».

### La «nueva sociedad»

Quizá se trate de sugerencias capaces de poner a Europa en los mismos raiiles capitalistas que Estados Unidos. Quizá así se evitara a las empresas europeas el ser absorbidas por las «corporaciones» del otro lado del Atlántico. Pero es dudoso que semejante solución lleve aparejados los gérmenes de la «nueva sociedad» y que cambie algo en la vida de dos-

cientos millones de europeos. Las más importantes empresas privadas están siempre controladas por poderosos grupos financieros.

Nunca se ha visto que el poderío económico esté ejercido por los «no poseedores». Los llamados «managers» son conscientes de ello, ya que aspiran a acumular rápidamente la mayor fortuna posible, especialmente por el procedimiento de la venta de acciones por opciones.

Finalmente, y según dejan traslucir ciertas anotaciones de Robert Lattès, las sociedades multinacionales podrían llevarnos a una explosión de gran envergadura en la medida en que ellas no tienen más razón que los Gobiernos para saber resolver los problemas fundamentales de la superproducción y la penuria. «¿Qué quiere decir esto? ¿Que nos acecha un cataclismo económico? ¿O algo peor en caso de que los Gobiernos no se pongan de acuerdo para controlar las fuerzas económicas puestas de este modo en tensión? ¿Cómo evitar el ser condenados a la expansión, o, al menos, a una tan desenfadada expansión? ¿Dónde crear las válvulas propias para reabsorber un exceso de presión: conquistar el espacio o aportar una idea auténtica y cargada de porvenir al Tercer Mundo?».

La ayuda al Tercer Mundo parece hipotecada en la medida en que las acciones voluntaristas y caritativas nunca han resuelto nada y en la medida en que los gigantes privados se preocupan en primer lugar de sus propios intereses. «La mutación económica a la que asistimos está cavando un foso entre los países prósperos y los del Tercer Mundo. El papel de las materias primas, su principal fuente de riqueza, no deja de bajar en el conjunto de las riquezas producidas. Las sociedades multinacionales no encuentran en ellos las infraestructuras —teléfonos, transportes, zonas industriales, formación técnica— necesarias para sus producciones y actividades. Aún encuentran menos las posibilidades de lanzamiento y la demanda solvente para sus productos. Además, les repugna desarrollar sus actividades en un contexto político cada vez más inseguro; la respuesta sistemática de los dirigentes americanos es sintomática a este respecto; todo colabora a que prefieran con mucho invertir en los países desarrollados».

¿Qué queda, entonces? ¿Existirá la «nueva sociedad» en algún lugar del espacio?